

El Planeta de los Simios Jubilados(IV)

por CHARLES SIEBERT, 24 de julio de 2005

El Purgatorio de los Monos

Presencí patologías semejantes a las de Roger durante la primavera, entre los habitantes de una instalación de investigación biomédica conocida como la Coulston Foundation en Alamogordo, N.M. Cada día, cuando se acercaba la hora del crepúsculo, en las afueras sin árboles, mordidos por el sol de Alamogordo, los chillidos, el clamor de los chimpancés cautivos zumbando en sus jaulas, llenaba el aire del desierto. La hora de cenar es el catalizador usual. Temprano en la tarde de abril cuando aparecí allí, sin embargo, un viento intempestivamente frío batía el polvo y hacía que rodaran las plantas, pero las noticias rápidamente extendidas de mi llegada tenían ocupados a los ocupantes. Mi escolta, Carole Noon, y yo estábamos todavía a unas 75 yardas del Edificio 700 -- el primero de una serie de ocho grandes residencias para chimpancés que componen la instalación de estilo barracas de Coulston -- cuando las escaramuzas empezaron, una serie lenta de gritos que aumentaban en su intensidad transformándose rápidamente en chillidos agudos seguidos por ruidos más intensos, la misma pauta que se repetía de edificio a edificio, lejos en la distancia.

¿"Qué está haciendo nuestro chico Ollie?" murmuró en su walkie-talkie Noon.

Noon, una mujer de expresión fuerte de más de 40 años está con sus ojos azules penetrantes y su pelo largo y rubio cubierto de arena tapado con una gorra que decía Save the Chimps, preguntando por un residente del Edificio 700 llamado Oliver, un adolescente macho que tuvo un rasguño en la córnea de su ojo durante una lucha con otro chimpancé y necesitó ser anestesiado para ser tratado.

"Durmiendo todavía," fue la contestación.

La mejor parte de la fachada del Edificio 700 estaba, como todas las otras del establecimiento, cubierta con hojas gruesas de plástico para mantener el calor alrededor de las jaulas exteriores de los chimpancés durante el invierno e inicios de la primavera. Yo por lo tanto no exploré en forma anticipada el edificio por lo que no pude ver los otros 59 chimpancés hasta que Noon y yo estuvimos a punto de entrar. En la entrada, se vio un macho grande, grueso, de gran tamaño, justo encima de nosotros, agarrado a los barrotes más altos de su celda, tratando de calibrarme desde arriba a través del mismo prisma polimérico oscuro que le brindaría una visión oscura, como la de algún sueño inducido por drogas.

"Antes," Noon explicó, "ellos no podían ni salir. Ahora pueden, al menos estar afuera, y podemos limpiar el interior de las jaulas."

De los chimpancés cautivos en los Estados Unidos cercanos a la jubilación, el número más grande de ellos no vive bajo auspicios federales y no están encaminados hacia el Refugio del Chimpancé. Ellos residen en la Coulston Foundation, y son 260 chimpancés en total, muchos de ellos prontos para llegar a ser residentes del santuario Save the Chimps fuera de Fort Pierce, Fla.

Luego de un parche de 200 acres de naranjales, el santuario se ensancha en una serie de 12 islas de tres acres para acomodar el flujo de ingreso.

Noon fundó originalmente Save the Chimps en 1997 cuando la Fuerza Aérea de EEUU -- la cual había estado arrendando sus chimpancés a los laboratorios de investigación para instrucción de vuelos desde los inicios de los 70 -- decidió abandonar el negocio de los chimpancés en forma total. Ofreciendo el excedente de su inventario mediante subasta, la Fuerza aérea concedió la mayor parte de los chimpancés a Frederick Coulston, neoyorquino de nacimiento que estuvo entre los primeros científicos en el país realizando experimentos de toxicología y fisiología en primates desde 1940. Coulston, que murió en el 2003, pasaría a llegar a ser un experto en primates en el país, llegando a poseer más de 600 chimpancés, que entonces, representaba aproximadamente la mitad del total de la nación, a mediados de los 90. Noon, con el apoyo de Jane Goodall y otros primatólogos prominentes como los especialistas en lenguaje por señas del chimpancé, Roger Fouts, demandaron exitosamente de la Fuerza aérea la custodia de 21 de sus chimpancés porque ellos no habían concretado ningún compromiso para salvaguardar completamente su bienestar. Mientras tanto, ella redondeó más de US\$ 2 millones para erigir su santuario Fort Pierce para albergar a los chimpancés que había salvado.

En el 2002 la Coulston Foundation, habiendo perdido la financiación del N.I.H. después de una serie de infracciones del Acta de protección de los animales que llevó a la muerte de docenas de chimpancés, quebró por insolvencia. Con la ayuda de unos US\$ 7 millones de la Arcus Foundation, una organización filantrópica para un amplio espectro de causas, Noon adquirió el predio de Coulston con todos sus 266 residentes restantes (otros 300 terminaron en otra instalación privada).

Ella se mudó a un remolque de 28 pies de largo en la parte trasera de la instalación y con la ayuda de contratistas locales y los empleados de Save the Chimps se abocaron a tratar de limpiar y aclarar el lugar, bordeado por la oscuridad. Medio millón de dólares se gastaron para remodelar solamente las jaulas, ensanchándolas hacia afuera y hacia arriba, siendo "arriba", "áticos" que les permitiría a los chimpancés sus primeras visiones del cielo y de las Montañas cercanas a Sacramento. En los dos años y medio desde que Noon llegara, los cuartos, bastante similares al infierno, han sido mejorados a una clase de purgatorio de primates, donde los ocupantes ahora aguardan la liberación hacia su paraíso futuro en la isla.

"Así que...", dijo Noon, mostrándome el lugar mientras ingresábamos a la entrada del Edificio 700, "¿...está pronto para quedar horrorizado?"

Sentado ante mí en el piso de cemento de una estrecha, maloliente antecámara antes de ingresar al Edificio 700, donde se encuentra el bloque principal de celdas de chimpancés estaba Jocelyn Bezner, veterinario, y el cuidador, Jen Feuerstein, los dos estaban mirando fijamente por las barras de una jaula portátil a un

Oliver profundamente dormido. Bezner mantenía uno de los dedos inmensos, negros y parecidos al cuero de Oliver, fuera de las barras. Avancé furtivamente y lentamente hasta la jaula y -- supongo porque puedo -- asir el otro dedo, apretando suavemente la pesada y desmesurada humanidad de él.

Por el par de puertas batientes justo detrás nuestro, los compañeros de Oliver habían trabajado ya en un frenesí hecho y derecho. Noon abrió uno de las puertas para decir hola y tratar de asentar un poco las cosas. El interior era un retrato de locura verdadera: ubicadas en forma opuesta había filas de jaulas, 12 en hilera, y los chimpancés oscilaban por todas partes mientras estaban, gritando y chillando. Un chimpancé denominado Devon pareció ser el maestro de la mutilación criminal, agarrando las barras de la jaula más cercana a la puerta, empujando locamente hacia afuera y hacia adentro, chillando.

En ese momento yo sentía la sacudida del dedo de Oliver levemente en la palma de mi mano, y de repente él se sentó rígido, la mirada lejana. Su cara mostraba una clase de mueca histérica que se ensanchó gradualmente, como si tratara de obtener más aire, en una versión muda y ralentizada de un chillido de susto de chimpancé, culminando finalmente en una serie de chirridos cortos, entrecortados y agudos.

"Todo bien, todo está bien.," Bezner le repetía suavemente, y luego nos dijo al resto de nosotros "El está simplemente alucinando".

Después de algunos minutos, Oliver inclinó su espalda para dormir, a pesar de la rigidez del suelo del Edificio 700. Noon señaló que deberíamos salir para permitir que las cosas hirvieran a fuego lento y así bajar la tensión. Cuando nos dirigimos hacia la puerta, Bezner se fijó en la celda de Devon y sus compañeros de celda cercanos, mientras le cantaba la famosa canción clásica de Irving Berlin "Cheek to Cheek".

Los chimpancés anhelan tal atención. Ellos siempre saldrán a su manera para obtenerla, como aprendí de primera mano durante mi visita del día siguiente. Empezamos en el patio anterior del recinto del edificio, el Edificio 300, ocupado hasta ahora por los empleados de Save the Chimps, similar a un calabozo. Era una disposición semejante con filas largas y opuestas de jaulas adyacentes de cemento y acero, cercadas, de épocas anteriores a las modestas renovaciones de Noon, sólo levemente más grandes, con un mínimo de 5 pies por 5 pies por 7 pies, hasta el momento, lo requerido por la ley federal para el mantenimiento de por vida de animales que crecen tan alto como 5 pies y llegan a pesar hasta 200 libras. " Bueno., se imagina estas jaulas," dijo Noon, narrando a su manera por el pasillo central, " pero sin áticos, sin ventanas, sin hamacas, sin mantas, sin juguetes, sin cualquier enriquecimiento. Apenas cajones de acero y cemento."

Antes de irnos, Noon me aguardó afuera en medio de un conjunto de puertas de conexión unidas por cadenas en la cabeza del bloque de la celda del Edificio 300 lugar para que los empleados pueda llevar a los chimpancés a sus celdas exteriores, así de esta manera abría camino a nuestro paso. Los ocupantes del edificio, sin embargo, resultaban poco dispuestos a cooperar esa tarde.

¡"Oh, no! dijo Noon," dijo, encogiendo sus hombros y entonces comenzó con calma a alejarse de las puertas anteriores, revelando salpicaduras de excrementos sobre la espalda - salpicada hasta su camisa azul de trabajo. Plum, un chimpancé hembra que se encontraba en una de las primeras jaulas, había logrado de algún modo ensuciarla por una abertura de la puerta, no más ancha que un pie. Dentro de segundos, un trabajador en la parte posterior del edificio vendría hacia nosotros, con la cabeza baja, para ver la huelga exitosa de Plum que lanzaba un remolino de excrementos y regaba todo con escupidas. Los chimpancés son notablemente buenos con ambas prácticas.

" Ellos no lo quieren hacer realmente," dijo Noon, dejando caer su camisa de trabajo en una lavadora dentro de un espacio para ropa sucia del personal a la vuelta de la esquina. " Algún chimpancé normal sé que juega pateando cosas cuando las tienen cerca. ¿Pero estos chimpancés? Bien. . . Cuando usted empieza a pensar en ello, es divertido, sugiere un profundo disturbio, y es debido a que está enfermo."

Antes de regresar esa tarde a la sede de Save the Chimps, yo me serviría del retrete del personal para un baño rápido, y luego Noon me llevó a ver el pequeño edificio de ladrillos en cuál se habían realizado los experimentos de toxicología. En el interior había dos jaulas grandes y adyacentes. Cada lado de cada jaula se podía abrir, habiéndose construido del ancho de un chimpancé, para facilitar la inyección de cualquier droga o ensayar una enfermedad. Cuando estaba mirando dentro de una de las jaulas, Noon cerró la puerta de edificio. El lugar quedó sumido en la oscuridad.

"O.K.," dijo ella. " Arriba le entregarían su número. Luego, a usted lo llaman para la investigación. Si usted tiene suerte tendrá el animal al lado. Usted habrá conseguido una jaula y disponiendo de una droga podrá inyectarla en dosis crecientes para ver lo que sucede. Y así es su vida."

Cuando salíamos, Noon me advirtió que mirara fijamente sobre otra instalación fija, única en el cuarto, que servía para indagar a todo el mundo, una de esas televisiones elevadas y montadas en la pared empleadas para ver en todos los espacios del hospital.

" Usted lo consiguió," dijo Noon, mientras caminaba hacia afuera. " Este era el mecanismo de enriquecimiento de los chimpancés. Asombra que ellos no sean más maníacos de lo que son."